



Miguel
Aranguren

ESCRITOR Y DIRECTOR
DE 'EXCELENCIA LITERARIA'

DECIDIÓ ser escritor y a los 19 años ya había cosechado su primer éxito literario. Cuenta que todo se lo debe a sus padres, que le enseñaron a volar. Jamás le cortaron las alas, pero le enseñaron a ser consecuente con sus decisiones y llevarlas hasta el final. Por eso, va ya por su décima novela y su cuarto hijo, y sigue luchando cada día en las pequeñas batallas cotidianas por ser buen padre, mejor marido y ser escritor... 'hasta soñando'.

-¿Cuándo se dio cuenta de que tenía vocación literaria?

-Desde muy pequeño, me gustaba contar historias y me carteaba hasta con mi sombra. Guardo miles de cartas.

Recuerda que de joven escribió a D. Juan de Borbón, para contarle que cuando, de estudiante, empezó a trabajar de camarero, él fue el primero al que sirvió, sin tener ni idea de por dónde se colocaba el plato. También se carteó con la beata Teresa de Calcuta y ahora tiene esas cartas enmarcadas como una reliquia. Le llamaba mucho la atención tanto lo que hacía como la fuerza de sus declaraciones, que se recogían en los diarios indios como si fuese un primer ministro. Y, como anécdota, recuerda que, según recogió la prensa, le dijo a Diana de Gales lo mucho que la uniría con su marido tener otro hijo.

-¿Usted cree que une lo de tener otro hijo?

-Los hijos unen mucho. Suponen mucho sacrificio. Te obligan a vaciarte de egoísmo. Y a los artistas nos viene muy bien, porque vivimos en un mundo grandilocuente y los hijos te piden todo lo contrario: que te agaches, juegues, hagas las figuritas de Lego...

-Para ellos, el mundo gira siempre a su alrededor.

-Por supuesto. En una familia con hijos, el centro son ellos, luego la mujer y el último está el marido. Y si es numerosa, incluso, después de la mujer va la chica. Nosotros siempre hemos tenido la ilusión de que sea una más en el hogar.

-¿Eso lo aprendió en su casa?

-Sí. Durante mucho tiempo tuve dudas de si quería más a la mujer que nos cuidaba o a mi madre.

-¿Su madre trabajaba fuera de casa?

-No, pero venía de aquellas familias pudientes de después de la guerra, que tenían siete personas de servicio. Se casó, tuvo cinco hijos y cuando vinieron las vacas flacas, ya no hubo más servicio que la asistenta por horas. Entonces la convivencia fue muy intensa y muy bonita.

-Uno de los artículos más emotivos que ha publicado en ALBA fue el que dedicó al nacimiento de su cuarta hija. ¿Por qué fue tan especial?

-Me emocionó mucho ver el sufrimiento de mi mujer. Creo que en un matrimonio aporta más la esposa, entre otras cosas, por su dolor físico. Y, parafraseando a la madre Teresa, al coger a un nuevo hijo en brazos, te das cuenta de que Dios sigue teniendo esperanza en la Humanidad.

Y recuerda con cariño cómo, cuando vio la ecografía de Sofía, su mujer, Mayra, lloraba de emoción y le dijo: "Si me pasa

cualquier cosa, lucha por ella. Y si tienes que elegir, elígela a ella, porque yo la quiero ya, sin haberla tocado, sin haberla besado... Ya es mi hija: un cúmulo de promesas, de posibilidades, de bien”.

-¿Qué motivos existen para seguir confiando en la Humanidad?

-Yo estoy convencido de que no ha habido momento en los últimos 50 años en el que haya existido tanta gente tan heroica. Incluso tanta gente empeñada en vivir la santidad de acuerdo a la normalidad. Para muchas personas esta crisis económica es un revulsivo para la búsqueda del bien.

-¿Y por qué en esta sociedad 'del bienestar' están cada vez más llenas las consultas de los psiquiatras?

-Porque hemos focalizado nuestra vida alrededor de nosotros mismos. Y se ha entendido muy mal el papel de la mujer. Es muy importante que se prepare y trabaje, pero nunca puede ser sustitutorio de la auténtica vocación de la mujer, que es sin duda formar un hogar. También del hombre, pero la mujer lo lleva marcado en el alma. Los pequeños pildorazos de felicidad, como jugar un rato con tus hijos o hacer una confidencia a tu mujer, te hacen darte cuenta de que la apuesta por la familia es la mejor que puede hacer una persona corriente.

-¿Cómo fue la vida de la familia en la que creció?

-Fue una familia muy estable en momentos de mucha dificultad. Aunque fueron mal los negocios, mis padres consiguieron que ese sufrimiento jamás traspasara más allá de su dormitorio. Es una lección para vivir ahora las cosas con mucha tranquilidad cuando vienen torcidas. Mi padre me dijo en su último año: “Yo seguramente no os voy a dejar nada, incluso puede que os deje problemas económicos. Pero os dejo un tesoro, porque soy millonario en amigos”. Yo quiero ser así. Y mi madre me decía: “Si quieres escribir, escribe, pero con todas las consecuencias. Sé coherente con tus principios y disfruta del éxito y del fracaso”.

-¿Cómo se disfruta del fracaso?

-Adaptándolo a una enseñanza. No es bueno que las cosas vengan siempre bien dadas. Las cosas tienen que costar, porque cuando no cuestan, no merecen la pena. Y la vida también me lo ha enseñado: publiqué pronto, pero el segundo libro me costó mucho publicarlo, y me lo acabé comiendo con patatas.

Aquella primera novela la escribió tras un viaje a África, que hizo a los 17 años. Allí conoció bien el Opus Dei. Se hizo amigo de Santi Eguidazu, un chaval de 32 años, enamorado de Dios. Tenía una carrera profesional brillantísima, pero lo había dejado todo por un país ignoto, una cultura totalmente distinta y por sacar adelante un ideal. Entonces pensó: “Yo querría sentir que la vida merece la pena, como él”. Pero terminó aquel verano viéndole morir en sus manos, ahogado por rescatar del océano Índico a un chico que no tenía ni su cultura, ni su color, ni su religión. Aquello, y su entierro en unas condiciones de pobreza extrema, en un agujero, al que acudieron musulmanes, sijs..., le marcó profundamente.

-Dios debía de tener bien planeado ese viaje, porque iba a ser clave...

“Tener 24 horas cada día para llenarlas de amor es apasionante”



“El éxito prematuro no es bueno; las cosas tienen que costar, porque cuando no cuestan no merecen la pena”

“En una familia numerosa, el centro son los hijos, luego la mujer, la chica, y el último está el marido”

“El trabajo nunca puede sustituir a la auténtica vocación de la mujer, que sin duda es formar un hogar”

“Las consultas de los psiquiatras están llenas porque hemos focalizado la vida en nosotros mismos”

en el
plató



**Sonsoles Calavera
Carmen G. Benavides** (Fotos)

-Además de su trabajo como escritor, se ha convertido en un cazatalentos literarios entre los jóvenes. ¿Por qué decidió crear “Excelencia Literaria”?

-Quería ‘devolver’ algo de lo mucho que he recibido y me planteé: “¿Y si saliera a buscar a esos chavales con la edad a la que yo soñé ser escritor y les pudiera despertar este sueño?”. Empecé a visitar colegios y descubrí que animábamos a muchos adolescentes. Yo soy una persona con muchas limitaciones, pero siempre he tenido muy claro que quiero hacer de mi ejercicio literario un servicio.

-¿Es lo que más le ilusiona?

-Sí, y especialmente porque me llegan muchos mensajes de personas que me dicen: “Lo que has escrito me ha hecho mucho bien”.

Recuerda, por ejemplo, una chica que leyó un artículo de *Telva* en el que hablaba de la ecografía de Sofía. La lectora tenía 18 años y había abortado. Ni siquiera le dejaron ver la ecografía, y cuando insistió, la anestesiaron y le practicaron el aborto, mientras, en una nube, ella repetía: “Mi hijo, mi hijo...”. Había abierto un *blog*, en el que colgaba las cartas que un niño que no llegó a nacer dirigía a su madre para preguntarle cómo era la vida: cómo es el pan, cómo son las vacaciones, qué se siente cuando te enamoras por primera vez... Miguel le habló entonces de la posibilidad de recomenzar, de pedir perdón, e intentó darle la seguridad de que su hijo la había perdonado y de su derecho a ser feliz.

-Su última novela, *Los guardianes del agua, está también ambientada en África. Le tira este continente...*

-Mucho. Y además, tengo el reto de dar protagonismo a las mujeres. En esta, la protagonista es Paula, una chica muy de nuestros días, muy descreída, a la que le pesa mucho su físico, porque es bajita y gorda y eso le hace sufrir un montón. Y un día le surge la posibilidad de vivir su sueño de ir a África. Se va con unos misioneros y le cambia la vida.

-Tiene especial sensibilidad para crear personajes femeninos llenos de atractivo... como *Elvira*, en *La hija del ministro*. ¿Cómo consigue sacarles tanto partido?

-La mujer está tocada por unas virtudes -como la capacidad de soñar, el cuidado externo e interno, su capacidad de estar en las cosas pequeñas- que si las sabe desarrollar, a los hombres nos hacen crecer un montón. Como personajes de novela son interesantísimas.

-¿Qué parte de verdad tiene esta novela?

-Surge del legado que me hace mi abuela de su correspondencia de juventud. Descubrí que había sido una heroína, que había perdonado mucho y ni había sido reconocida ni había buscado serlo. Y quise escribir sobre alguien como ella.

-¿Por qué se jugaría la vida?

-Las preguntas a lo tremendo no me van. Habría que verlo en el momento. Prefero jugarme, más que la vida, el día, a una carta. Como respondía la madre Teresa cuando le preguntaban: “¿Usted ha visto milagros?”. Ella decía: “Veo los mismos que usted: que salga el sol y nos encontremos con 24 horas para llenarlas de amor”. Ése sí que me parece un reto apasionante.

■ Agradecimientos al restaurante El Plató (Paseo de la Castellana, 36-38. Madrid).

-Sí, fue de esos nudos gordianos que hay en la vida, como conocer a alguien -conocer a Mayra, mi mujer, fue lo mejor que me ha ocurrido en la vida-, o darte cuenta de que eres hijo de Dios.

-¿Qué otros momentos le han ayudado a crecer más como persona?

-Mi padre falleció siendo muy jóvenes todos los hermanos. Recuerdo que desde que conoció la enfermedad, pidió recibir la Unción de los Enfermos y le dio mucha paz y mucha alegría. También la enfermedad de mi madre, que fue mucho más larga, y murió cuando yo tenía 31 años. Y hay algo que me marca, de forma cotidiana: la posibilidad que tenemos de recomenzar, cada vez que hacemos una tontería, gracias a la confesión. Mucha gente dice: “Yo no me arrepiento de nada”. Pues yo me arrepiento todos los días de muchas cosas. Pequeñas la mayoría, pero ese arrepentimiento me sirve para saber que puedo hacerlas mejor.

-¿Qué consecuencias positivas ha sacado de esos momentos de dolor?

-Todas. Nunca me han dejado poso de amargura. Siempre pienso que me hubiera gustado compartir con mis padres el nacimiento de mis hijos, su Primera Comunión, sus comentarios... Pero también he aprendido que en esta vida todo es muy pasajero.

-¿Por qué se complica la vida, con proyectos de solidaridad?

-Tengo mucho empeño en que mis hijos sean conscientes de que sus padres ayudan y de que a ellos también les piden ayuda. Me llena de orgullo que mi hijo de nueve años se rasque el bolsillo y elija la moneda que cree que más vale, para echarla en la cesta, cuando vamos a misa. Y me conmueve cómo está respondiendo la sociedad civil a los retos de hoy con iniciativas como Fundación Madrina y tantas otras.